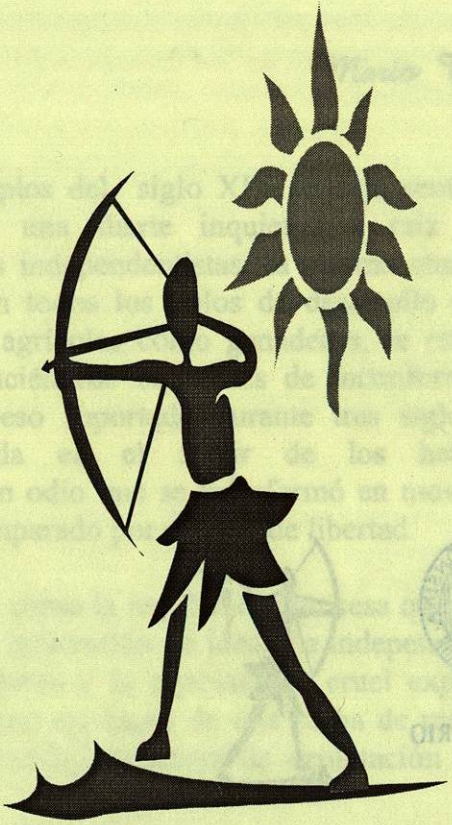
Inquietudes Independientes e Insurreción en el Nuevo Reino de León



Mario Treviño

F1316
.T73
2000

Serie: los comanches...8

F1316
.T73
2000

1012415

F131L
.T73
2000

1020154184

CAPILLA ALFONSINA
UANL
FONDO
UNIVERSITARIO

Centro de Información de Historia Regional, UANL.
Inquietudes independientes e insurrección
en el Nuevo Reino de León
de Mario Treviño

RE 23/11/06

Inquietudes Independientes e Insurrección en el Nuevo Reino de León

Mario Treviño

A principios del siglo XIX se dejó sentir en la Nueva España una fuerte inquietud a raíz de los acontecimientos independentistas; la alarma cundió por todas partes, en todos los polos de desarrollo colonial tanto mineros, agrícolas como ganaderos, se reflejó tal situación, traduciéndose en brotes de inconformidad y violencia; el peso soportado durante tres siglos, dejó huella profunda en el sentir de los habitantes, conformando un odio que se transformó en movimiento emancipador amparado por el grito de libertad.

Factores como la revolución francesa que a través de la constante infiltración de ideas; la independencia de los Estados Unidos y la agobiante y cruel explotación indígena, sentaron las bases de una lucha de masas que daría a traste con la estructura de explotación colonial española.

En el Nuevo Reino de León no fue la excepción, a partir del 29 de septiembre de 1810 llegaron noticias de lo ocurrido, en particular se temía el levantamiento de indígenas en algunos de los principales reales de la región, así como el avance de los ejércitos insurgentes hacia el norte.

Ante esto el gobernador Santa María, inició los preparativos para la defensa de Monterrey, alertando a todos los destacamentos militares del Nuevo Reino.

El encargado de sublevar las provincias internas fue Mariano Jiménez, joven distinguido en varias batallas como la del Monte de las Cruces, a quien Hidalgo tenía gran confianza.

El ejército libertador avanzó hasta llegar a Saltillo, donde los españoles fueron derrotados, Juan Ignacio Ramón se une a la rebelión, decidiendo marchar sobre Monterrey; prácticamente no hubo resistencia, proclamándose el gobernador Santa María por la independencia el 17 de enero. Se nombró representante del gobierno a Santiago Villarreal vecino del Valle de las Salinas.

Así continuaron en su labor de propagación, hasta que sobreviene la traición de Ignacio Elizondo, realista que se había pasado a las fuerzas insurgentes en la toma de Saltillo, particularmente en la batalla de Aguanueva, asestando un duro golpe y provocando el fusilamiento en Chihuahua de Jiménez, Carrasco, Santa María y Juan Ignacio Ramón, junto con otros cabecillas. Quedando al garete todo lo conseguido, desatándose una constante y feroz persecución con el fin de sofocar a los rebeldes, el brigadier Joaquín Arredondo, militar encargado de bloquear el paso a Hidalgo por el norte, tenía la responsabilidad de vigilar la región; más tarde en 1813, al dividirse la Comandancia General de las Provincias Internas, quedaría a cargo de las de Oriente.

Según Santiago Roel: "*Fue tan rápida aquí la sucesión de los acontecimientos narrados; y se pasó tan de improviso de un estado de sumisión, inalterado durante siglos, a uno de absoluta independencia, que con la misma docilidad con que el gobierno había perdido su dominio en estas regiones, comenzó a readquirirlo, como resultado de los desgraciados sucesos de Baján; por lo que los vecinos principales del Nuevo Reino, aturdidos y temerosos, al tener noticia de tan grave desastre, sólo pensaron en volver sobre sus pasos declarándose de nuevo partidiarios del gobierno. Y como por encanto terminó aquí la insurrección*".[1]

Santiago Villarreal dimitió a su cargo formándose una junta provisional de gobierno integrada por Blas Gómez Castro, como presidente, Bernardo Ussel y Guimbarda, Francisco Bruno Barrera y otros, gobernando hasta 1813; para después entregar el poder a Ramón Díaz Bustamante, nombrado por el virrey.

La semilla de la insurgencia no desapareció del todo, aparecieron brotes en diversas regiones en años posteriores; particularmente en el Real de Minas de San Carlos de Vallecillo, donde José Herrera, emisario de Bernardo Gutiérrez de Lara, famoso por su campaña en Texas, después de su incursión sobre Monterrey el 3 de julio de 1813 y ser "*derrotado en Salinas, no desmayó en su empresa y continuó levantando gente por donde quiera que iba pasando, sobre todo indios ayaguas y garzas.*

[1]**ROEL, Santiago, *Nuevo León, Apuntes Históricos*, Monterrey, Impresora Bachiller, S.A., 1985, p.98.**

154184

Pronto se reorganizó, y el día 26 de (julio) entró a Vallecillo después de la resistencia que le hizo la guarnición que había en el pueblo. Prisioneros los defensores de la plaza, se creyó que inmediatamente serían pasados por las armas, puesto que las autoridades estaban fusilando a todos los insurgentes aprehendidos. Sin embargo, Herrera les perdonó la vida"[2] Entre los prisioneros se encontraban el capitán Mendiola a quien sorprendieron en su propia casa, con él y los demás, partieron a las afueras de Vallecillo, tomando rumbo desconocido.

Con objeto de perseguirlos, el jefe Perea, subordinado y fiel a Joaquín Arredondo y Mioño, capitán general, dispuso que marcharan inmediatamente 130 a 140 hombres, advirtiendo a la vez al teniente coronel Felipe de la Garza, que debía detenerse, a fin de que lo reforzaran las tropas mandadas de Monterrey, y con todas ellas hacer una batida contra los revolucionarios que llevaban a Herrera a la cabeza.

Según el historiador José Eleuterio González *"se pusieron sobre las armas 120 soldados veteranos en dos divisiones, siendo una al mando de los beneméritos tenientes Montañez y Vivero, y la otra al del acreditado militar teniente Ventura Ramón, teniendo ambas de capellán al P. Penilla que de su voluntad solicitó hacer este servicio, y de agregados voluntarios los señores Santiago Vedía y Mariano Ibarra, aunque hacía cinco días que (habían) regresado de Laredo."*[3]

[2]**Idem**, p.104
[3]**GONZÁLEZ, José Eleuterio**. Noticias y Documentos para la Historia del Estado de Nuevo León. Monterrey, N.L., Imprenta Universitaria del Departamento de Difusión de U.A.N.L., 1975, p. 296.

Se tenía conciencia por parte del gobierno colonial que en La Chorreada, por la Sierra de Picachos, se concentraban los principales cabecillas indígenas. Sin embargo, no era fácil localizar el sitio preciso por la rapidez de movilización; y el conocimiento que tenían del lugar, hacía difícil sofocarlos o sorprenderlos. Por otra parte se inició un minucioso sondeo en las prisiones y cuarteles, interrogando reos y presionándolos para que hablasen, buscando ubicación de posibles reuniones.

En la documentación oficial se especificaban claramente ataques, saqueos, muertes, sediciones realizadas por infidentes no fieles al rey en pro de su partido, como ellos llamaban a la independencia; diferenciándola de los delitos de orden común cometidos por los habitantes y por los salvajes bárbaros (indios nómadas). Esto para castigos ejemplares, a los que fueran encontrados culpables, con la idea definida de retomar las riendas en el Nuevo Reino de León, para que volviera la tranquilidad y sosiego que permitiese de nuevo laborar y seguir con la explotación colonial. Así pues, a los detenidos se les juzgaba y generalmente se les condenaba a muerte, siendo antes azotados en plazas públicas, para luego ser fusilados y colgados en lugares visibles para escarmentar a todo aquel que tuviese la intención de seguir tales conductas insurrectas; no sin antes entrevistarse con un ministro de la iglesia para la acostumbrada confesión y arrepentimiento, encontrándose que cuando menos en el norte, algunos de ellos no tenían ni la menor idea del dogma religioso, esto en el caso de los indígenas y algunos mestizos.

"Fortificados los insurgentes en La Chorreada, un lugar de la sierra de Picachos, hicieron resistencia a las tropas realistas que iban a atacarlos, mandadas por el teniente Ramón. La acción tuvo lugar el día 2 y fue otra vez de desastrosas consecuencias para la causa de la libertad. Los independientes, faltos de armas y demás elementos de guerra, y con pocos conocimientos militares, fueron derrotados, refugiándose dispersos en lo más escabroso de aquellas sierras, dejando en poder del enemigo algunos muertos, muchas cabalgaduras y varias armas de fuego.

Herrera se vio obligado a replegarse sobre Cerralvo y de allí tomó el rumbo de Mier, Camargo y otros puntos de Tamaulipas. El triunfo de La Chorreada fue celebrado en Monterrey con repiques a vuelo y salvas de cañón, así como con las solemnes y acostumbradas misas de gracias.[4]

Este triunfo marcó prácticamente el fin de la insurrección organizada en el Nuevo Reino de León antes de la consumación de la Independencia; con ello volvió la tranquilidad, sosiego y paz; sólo interrumpida por las acciones de los indios lipanes y comanches.

"Sin embargo el 28 de agosto de 1813 en la hacienda de El Alamo de Vallecillo, se presentaron en forma amenazadora un grupo numeroso de indios insurrectos, montando caballos con el fierro de Mónico Villar, comandados por cuatro indios, entre ellos el indio Eusebio con escopeta en mano, también se pudo identificar al indio Eustaquio Constanza armado igualmente, y dos indios desconocidos en la región armados también, y el resto cerca de treinta armados con arco y flecha, con campamento cerca del río

[4] **ROEL, Santiago,** Op. Cit. p. 106.

Mezquital. Entraron a la comunidad sin encontrar resistencia alguna, robando todo tipo de provisiones que encontraron a su paso, después del saqueo y algunos problemas con los vecinos que defendían sus pertenencias, sin pasar esto a mayores, quedó un saldo de varios vecinos golpeados con lesiones no muy graves y la alarma y miedo de la generalidad; informando lo acontecido a Juan Beltrán Lasarte en documento dirigido al Brigadier Joaquín Arredondo y Mioño, capitán general del Reino.[5]

Los reportes de saqueos y atropellos se manifestaron continuamente en este periodo, sobre todo: robo de caballos, alimentos, armas, valores y reportes de posibles lugares de reunión de infidentes, siendo difícil para el ejército llegar a tiempo a los lugares saqueados y sorprender a los insurrectos procediendo a peinar la zona donde suponían tener éxito. No todos los indios de la región eran simpatizantes del movimiento; siendo notoria la diferencia de los adictos al régimen colonial como los tlaxcaltecas con respecto a los ayaguas y garzas, por otro lado los bárbaros daban igual o más problemas que los infidentes.

Los ayaguas y garzas, de Vallecillo, desde que se unieron a Jiménez, cuando vino a Monterrey, no cejaron en su intento por romper con el orden establecido por los realistas, no importando oponerse en forma desventajosa a un enemigo superior.

[5] A.G.E.N.L., Correspondencia de Alcaldes Primeros de Vallecillo (1813-1829), Caja No.1.

Según Gonzalitos *"las dos tribus de los ayaguas y garzas... perecieron todos, sin quedar uno solo, en la guerra de la independencia del año 13 al 21. Todas las tribus... se redujeron al cristianismo y a la vida civil... a la esclavitud de las congregas... De las no reducidas, la parte que no pereció en las sangrientas persecuciones que tuvieron que sufrir, fueron obligadas a retirarse a las regiones del norte, huyendo de la esclavitud y de la muerte.*[6]

Declarando a su modo una guerra desastrosa y terrible, que sufrieron en carne propia cantidad de inocentes.

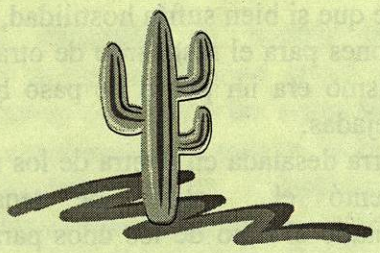
Para la campaña en contra de los indios insurgentes, el gobierno realista gastó una cuantiosa cantidad de dinero; consolidó las compañías volantes y permanentes, cubriendo la mayor parte del Reino; distribuyó estratégicamente destacamentos para conformar una poderosa maquinaria militar y sentó bases sólidas para la seguridad de los colonos. La represión fue brutal, acabando de tajo con las aspiraciones independentistas del indio, no así con las de los criollos que más tarde lograron su objetivo.

6 GONZÁLEZ, José Eleuterio. Op. Cit. p. IX

CONCLUSIONES

1. El Real de Minas de San Carlos de Vallecillo fue uno de tantos fundos del norte de la Nueva España que en un período específico y debido al auge alcanzado apuntalaron la producción minera del virreinato; que en forma complementaria sostuvieron un ritmo que impresionó a propios y extraños, atrayendo a infinidad de aventureros que deslumbrados por la gran bonanza, buscaban ser partícipes de la misma.
2. Este Real, tuvo un papel estratégico importante, pues en la provincia, representaba una posición muy al norte que si bien sufría hostilidad, permitía prever situaciones para el resguardo de otras comunidades. Así mismo era un punto de paso hacia provincias más alejadas.
3. La guerra desatada en contra de los indios bárbaros, incrementó el clima de tensión existente, acrecentado el odio de los unos para con los otros, siendo noticia de todos los días las injusticias cometidas por los colonos, así mismo los constantes saqueos, asesinatos y atropellos ocasionados por los aborígenes.
4. Durante la guerra de independencia, el Nuevo Reino de León vivió momentos de significativa trascendencia para los habitantes de esta provincia del norte, pues trastornó en gran medida su habitual tranquilidad, provocando desorden, sembrando confusión y temor, siendo evidente no solo en Monterrey, sino en la mayoría de las comunidades.

5. La semilla de la insurgencia, prendió rápidamente en el sentimiento de los habitantes de la región, provocando levantamientos.
6. En el Real de Minas de San Carlos de Vallecillo, tuvo lugar la primer rebelión de indios ayaguas y garzas que contrario a la actitud de los tlaxcaltecas, se mostraron renuentes al sometimiento colonial, la lucha marcó el fin de sus respectivas naciones; pues después de sofocarlos, la represión desatada se realizó con la finalidad de eliminarlos.
7. En Vallecillo contrastó la insurgencia de los indígenas con la fidelidad a la corona de españoles y criollos.



Hacienda San Pedro, Gral. Zuazua, N.L.
22 de Diciembre de 2000.